

Alberto Rojas Jiménez

RCG 3329

Poeta Viajero y Bohemio

por Pedro Pablo Guerrero

Autor de fina sensibilidad, el poeta nacido en 1900 participó activamente en la renovación artística de los años veinte, aportando un puñado de versos y crónicas, reunidos por primera vez en una edición que preparó Oreste Plath.

VIVIO apenas 34 años, pero ese lapso bastó para que su nombre quedara asociado por siempre a la poesía y a la bohemia nacionales. El mismo contribuyó a esa fama, fabricando anécdotas extravagantes en las innumerables juergas que prolongaba hasta la madrugada junto a sus amigos, en locales de "medio pelo" donde se conversaba de los últimos «ismos», entre bocanadas de humo y tragos de vino.

"Bebía, sí, bebía. Bebía para estar más agudo y recordar mejor", escribió de él Juan Uribe Echeverría.

Recordar, por ejemplo, que había nacido a bordo de una nave anclada en la ba-

hía de Valparaíso el 21 de junio del año 1900:

"En un barco... De ahí la inquietud y el incansable movimiento de mis pasos", como le gustaba repetir. Y dio los primeros entre ese puerto y Quillota, pueblo del que guardaba recuerdos bucólicos y también la imagen imborrable del asesinato de su padre, ocurrido cuando aún era niño. Desde entonces surgió en él una actitud de genuina melancolía, que nunca constituyó una simple "pose":

"Fui siempre callado y débil. Mi traza, delgaducha y pálida, siempre vestida de negro, no hallaba entre los chicos de mi edad ni un solo compañero de debilidad y de silencio".

Fue coautor del «Primer Manifiesto Agú»

Con ese aspecto se estableció en Santiago el año 1920 pero, a diferencia de sus experiencias anteriores, esa misma imagen le ganó la simpatía de otros jóvenes solitarios e inconformistas, agrupados en torno a la Federación de Estudiantes de Chile, FECh. Junto a ellos, fundó la revista «Claridad», un periódico literario donde publicaron sus primeros trabajos autores como José Santos

González Vera, Manuel Rojas, Raúl Silva Castro y Pablo Neruda. A este último, lo inició en la vida noctámbula, convirtiéndose en su mejor amigo. Deslumbrado, el autor de *Crepusculario* imitó, al igual que muchos vates de entonces, su caligrafía vehemente y su "traje oficial", compuesto de capa y sombrero alón.

Orlando Oyarzún recordaba su sorprendente imaginación, que lo impulsaba a cometer actos disparatados: dirigir el tránsito a la salida de algún bar; pasear una botella con un lazo, a la manera de un perrito, y hasta embadurnar con alquitrán a un carabnero, en la comisaría donde lo habían llevado en cierta ocasión, al pretender pagar una cuenta con medio billete.

En una breve autobiografía, el propio Rojas Jiménez escribió:

"A los veinte años, mi situación ante la vida no tenía ninguna fijeza y el porvenir no me preocupaba en lo más mínimo. De chico nunca tuve una vocación decidida por nada. Mi carácter era indeciso, débil y mi sensibilidad, hasta hoy, ha sido como de cristal".

En esos años frenéticos del «Cielito lindo», junto a las primeras transmisiones radiofónicas y los discursos de Arturo Alessandri, llegaron a Chile los aires vanguardistas de la postguerra europea. Rojas Jiménez pronto se convirtió en un experto de las nuevas corrientes poéticas, especialmente de las francesas. Con el seudónimo de Zain Guimel, publicó junto a Martín Bunster el *Primer manifiesto Agú*, pariente chileno del dadaísmo.

Y no fue un mero saludo a la distancia. Un increíble acto de generosidad, permitió al poeta conocer personalmente a Tristan Tzara y a otras figuras de las letras europeas: en 1923, el pintor Abelardo Bustamante (Paschin), becado para estudiar en París, cambió su pasaje de primera clase en barco, por dos de tercera, invitando a su compañero de bohemia. En la "ciudad luz", Rojas Jiménez conversó

Crítica

Alberto Rojas Jiménez Se Paseaba Por el Alba

Recopilación y prólogo de Oreste Plath. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro Barros Arana, Santiago, 1994, 281 páginas.

por Hernán Poblete Varas

NACIO en Valparaíso, a bordo de un barco, el 21 de junio de 1900. Tenía treinta y cuatro años cuando murió. Dejó tras él una montaña de anécdotas y un río de leyendas que terminaron por oscurecer su imagen verda-



El poeta, según óleo de Isaías Cabezón.

dera. Aparte de su natural condición para atraer sobre sí los más extraños avatares, era un hombre al que "le pasaban cosas". El solo hecho de nacer en un barco ya parece un símbolo de su vida trashumante.

Vuelve

Y esa noche final, en que es echado de la «Posada del Corregidor», desprovisto de abrigo y vestón, a unas tinieblas exteriores surcadas por una furiosa lluvia de otoño. Y luego el desconocido que salta por sobre el fêretro que guarda sus restos, en un postrer homenaje poético o para conjugar alguna superstición de viejo cuño... todo parece el producto de una fantasía o de un mito de antiguas raíces.

Así, Alberto Rojas Jiménez se convirtió en una leyenda con ribetes pintorescos, una especie de arquetipo de la bohemia, un fantasma que surge entre los vahos alcohólicos, un tema de conversación para nocherniegos dados a las evocaciones. Hasta la firma de sus dibujos (una botella y un vaso) parece el colofón de una vida dilapidada.

RCG 3328



"Nací en un barco. De ahí la inquietud y el incansable movimiento de mis pasos", escribió Alberto Rojas en su autobiografía.

con Miguel de Unamuno, entrevistó al escultor Jacques Lipchitz y... le torció la nariz al cadáver del célebre novelista Anatole France, durante sus funerales. Era su particular manera de despedirlo con cariño, pero la prensa gala no lo consideró así: "Estudiante sudamericano profanó el cadáver de Anatole France".

Permaneció en Europa cinco años, visitando también Alemania y España. Para mantenerse, ejerció improvisados oficios y envió crónicas a «El Mercurio» de Santiago. Llevó la vida típica del latino: un pequeño cuarto en Montparnasse, encuentros de café con los amigos y el deseo de verlo todo, pese a cualquier penuria económica. Sólo un detalle se salía del libre-

to: al partir de Francia, dejaba para siempre un amor verdadero, Nanette, y al hijo que ella le había dado, Serge.

Al regresar a Chile, en 1928, continuó sin pausa su vida despreocupada. Inútiles fueron los intentos de hacerle aceptar un trabajo estable. Prefería viajar por el país ofreciendo conferencias y disfrutando de la hospitalidad de la provincia. Apenas escaseaba el dinero, escribía críticas de arte y preparaba ilustraciones para la «Revista de Educación», firmadas con el nombre de su hijo. Tenía facilidad para el dibujo. Cuando joven se había matriculado en las escuelas de Arquitectura y Bellas Artes, pero abandonó los estudios rápidamente, cansado del sistema de enseñanza; su fan-

tasia se expresaba con más espontaneidad en las paredes y servilletas de los bares.

Pese al tráfago, encontró tiempo para publicar el libro *Chilenos en París* (1930), que reunía las crónicas enviadas desde Francia. Sus poemas, en cambio, no fueron recopilados en vida, quedando esparcidos en diarios y revistas. Soñador a toda prueba, anunció los títulos de varios libros que nunca publicó: *Hiedra*, *Africa*, *Solnei...* Su obra más conocida es la extensa *Carta-océano*, resumen de una serie de poemas.

En 1933 se trasladó a Valdivia como redactor de «La República». Al terminarse el diario, continuó colaborando en «El Correo de Valdivia», donde aparecieron sus últimas crónicas. A comienzos de 1934 viajó a Antofagasta, entusiasmado en participar como corresponsal en la Guerra del Chaco. La ciudad nortina lo retuvo hasta marzo, período que dedicó a dictar conferencias.

A comienzos del otoño de 1934 realizó una última visita a Quillota, la tierra de sus antepasados. Entregó a su gran amigo, el doctor Alejandro Vásquez A., las fotografías de su esposa francesa y de su hijo, junto a dos cuadernillos de la novela inédita *Africa*. Falleció el 25 de mayo del mismo año, víctima de la bronconeumonía fulminante que se le declaró al salir de un restaurant en medio de una fría noche de invierno. Un mozo le había quitado el abrigo a cuenta del consumo que, como tantas veces, no pudo cancelar. Estas patéticas circunstancias inspiraron a Pablo Neruda, quien se encontraba en España, el célebre poema *Alberto Rojas Jiménez viene volando*.

José Santos González Vera apuntó, acertadamente:

"Pablo Neruda le dio lo que él no quiso concederse: el derecho a perdurar".

Más que la bohemia, más que su curiosidad y su obra dispersa, Oreste Plath, autor de la antología recién publicada por la Biblioteca Nacional, destaca como uno de los



Autorretrato

máximos valores en la vida de Alberto Rojas Jiménez, su manera de asumir la poesía:

—Vivió una época en la cual importaban mucho las actitudes en el mundo artístico: Bernard Shaw celebraba su cumpleaños en un globo; Sara Bernhardt recorría el mundo llevando un ataúd y Chaplin estaba en su máximo esplendor. En este sentido, él fue un mago, un Chaplin de las letras, porque hacía reír pero también mostraba el dolor a mucha gente. ¡Todo el mundo lo quería y se puede decir que, en el fondo, no tuvo enemigos!

Texto Escogido

Primer Manifiesto «Agú» (fragmento)

En un principio la emoción fue.
Agú. Lo elemental. La voz alógica.
El primer grito de la carne.
Hoy sólo queda la palabra, sobajada y sobajada.]

Lunar postizo, colorete.

Fuera hilvanes!...

El agua es el agua.
La tierra es la tierra.
El cielo es el cielo.

No busquemos.
Glosemos sólo la emoción orgánica de lo que está: la célula, el corpúsculo de luz y de sonido.]

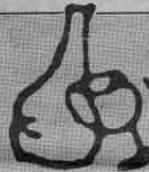
Señalemos el punto vital de cada instante.
Afirmemos la trascendencia de las fiestas espontáneas.]

No busquemos.
No busquemos.
No busquemos.

Recibamos.

(A. Rojas y M. Bunster en «Claridad», 1920)

Rojas Jiménez



¿Cómo disolver esas tintas legendarias para dar con la imagen verdadera del poeta que hizo llorar a Neruda? Se necesitaba una labor de rescate, de reencuentro, como la que ha realizado Oreste Plath con la colaboración de Juan Camilo Lorca y de Pedro Pablo Zegers, y que culmina en este hermoso y múltiple libro documental.

Primero, una fotografía del poeta casi adolescente y con aire de torero triste. Luego, un prólogo dolido y evocador de nuestro memorioso Oreste, y la autobiografía de Rojas Jiménez en que se define: "Un inadaptado. Es cierto. No podría adaptarme jamás a un medio que me repugna y del cual me siento lejos".

Duro juicio que se justifica, en parte, si leemos más adelante sus profundos y se-

veros dichos sobre el arte acomodaticio que combatió con brío desde la página «Montparnasse», del diario «La Nación», donde colabora con Luis Vargas Rosas y Jean Emar —otro desadaptado, según los cánones de la época—. Como crítico de arte, Rojas Jiménez es un maestro irreducible.

Parte de su obra poética algo se ha conocido gracias a las antologías (género tan denostado por algunos editores) en que recogieron personajes no menos singulares: Jorge Luis Borges, Rubén Azócar, Hernán del Solar, Andrés Sabella, Alfonso Calderón y la "tríada" de Miguel Arteche, Juan Antonio Massone y Roque Esteban Scarpa en su *Poesía chilena contemporánea*. Aquí la tenemos, ahora, casi completa (pues nunca se sabe), con toda

su espontánea riqueza.

Pero aún hay más: sus proyectos novelescos; sus ingeniosas e inteligentes crónicas desde Francia, Alemania y también la provincia chilena; sus dibujos de una rara melancolía.

En un libro como éste, dedicado a la vida y la obra de personaje tan singular como Alberto Rojas Jiménez eran indispensables las anécdotas y los testimonios. Abundan aquí, y salidos de plumas sobresalientes: Salvador Reyes, Enrique Bunster, Andrés Sabella, Julio Barrenechea, Coloane y otros no menos ilustres. No falta, por cierto, el poema de Neruda, tal vez la mayor elegía que le debamos.

Rojas Jiménez vuelve, gracias a este libro, que se lee página a página, con curiosidad, con alegría, con asombro. ■